

Al día siguiente por la tarde, después de merendar y antes de hacer los deberes, Martina se pasa un buen rato sentada a la mesa del comedor pensando, escribiendo y borrando, hasta que, con la mejor letra que sabe hacer, apunta:

«Queremos un perro para que haga de guía de nuestro gato. Nuestro gato es muy simpático y se llama Luca y tiene *catatatas*».

Con el papel y el lápiz en la mano, baja por la escalera que lleva a la tienda y que está debajo mismo del piso. La tienda es más grande que la habitación de Martina y más pequeña que una clase de párvulos.



corriendo: Martina, hacia la escuela, y los padres, a la tienda. Y ellos dos, Luca y Spaguetti, al sofá, a dormir.

Pero ninguno de los dos descansa bien hoy. Cada uno por su lado, sigue dándole vueltas a lo mismo: ¿qué hacer para continuar en casa?

Se les pasa el día entre tumbarse en el sofá y tumbarse al lado del balcón, donde da el sol, y cuando por fin cogen bien el sueño, llega Martina de la escuela.

—¡Hola, Luca! —saluda alegre yendo hacia la cocina—. Hola, perro.

Luca se ha levantado al instante y corre al sofá. Spaguetti ha levantado la oreja, que le tiembla de arriba abajo. Le ha llamado «perro», y se desanima; la niña no lo soporta, ahora ya lo tiene claro.

Martina sale de la cocina con un bocadillo de mortadela en la mano, coge el

